

## DOCUMENTOS PARA LA REFLEXIÓN EN FAMILIA

**PISTAS PARA ACERTAR***(Pista nº 74, Enero 2025)*

## El cabo de Buena Esperanza

Tranquilos todos que no se trata, con el título, de desempolvar nociones de Geografía en las que nuestros pequeños y medianos andan bastante más duchos que nosotros mismos. La pretensión que lo mueve no es otra que la de avisar (o recordar, mejor) que con Enero se va también la mitad del curso y, al traspasarlo, ocurre como con aquellos navegantes que, igual en la época de los aventureros del siglo dieciséis como los marinos contemporáneos, al doblar la punta de África, sienten ya que las aguas del Atlántico y el Índico, según los casos, se vuelven frontera invisible que dejan atrás para acercarse a su mejor destino.

También nosotros. Y que se llame "de buena esperanza" es lo más acertado. La esperanza de que lo que va bien en el curso continúe empujando la vela de los avances y progresos y la desilusión por lo que no va tan bien, torne para empezar a levantar sonrisas y sosiego donde abundaba la duda y la ansiedad.

Nos tienen que sobrar motivos a todos para empeñarnos en que las cosas terminen bien. Al que le costaba más porque ahora le cuesta menos y al que le costaba poco porque ahora, en vez de acomodarse en lo ya sabido, ha descubierto nuevos intereses y motivos que siguen despertando su curiosidad por aprender. Al que encontraba en los demás un obstáculo, para que se convierta en una oportunidad y para el que gozaba del don de gentes para que ello no le conduzca a una vanidad y prepotencia que lo ancle en la repelencia.

Cuando se abre ante nosotros el más ancho mar (el del conocimiento y el de las buenas relaciones de convivencia) no podemos ni debemos recluarnos en las bodegas del conformismo o la resignación sino subir a cubierta y contemplar el maravilloso panorama de las olas y los cielos. Porque eso es lo que tienen que tener nuestros hijos y alumnos en su horizonte: un mar de cosas por descubrir y asimilar para, escogiendo las preferidas -las más ajustadas a cada uno- navegarlas hasta que les lleven a sus propios paraísos en la tierra. Y, también, un puñado de vientos que soplen en la buena dirección, la que pasa por la prudencia, el equilibrio y la sana ambición.

Pero ni las olas ni los vientos van a ser siempre favorables. Es más, en no pocas ocasiones habrá que librar esfuerzos para mantenerse a flote y que los malos aires no destrocen el velamen ni los palos de su nave. Pero para eso estamos sus mayores; como padres y maestros, unos y otros, cada cual desde su ámbito de intervención y competencia: para ofrecerles seguridad y generar confianza en ellos mismos, de modo tal que ninguna tormenta les amilane. Porque tormentas, nos guste o no, las tendrán y habrán de hacerles frente, ¡ojalá! que con el pararrayos que sus años de hogar y de escuela les hayan permitido acabar armando.

Somos nosotros, igual para los muy pequeñines como para los más mayores de todos -ésos que en unos meses podrán votar si es que no han llegado ya a la mayoría en estos arranques de año- los que, unas veces como rompeolas y otras como corriente propicia, consigamos que, en ningún caso, nuestro grumete se desespere porque la mar de las asignaturas está demasiado agitada o porque la concurrencia de vientos desmotivadores (y de muy distinta procedencia) le deja varado en una apatía indeseable.

Porque es en nosotros en quienes tienen que descubrir las buenas artes para manejar la nave de su existencia, desde el patín a pedales que dirigen sus padres cuando aún son benjamines al velero de tres palos, el transatlántico o el submarino que timonearán en su edad adulta. Las de la cordura, la previsión, la constancia, el entusiasmo, incluso, así como la paciencia y la aceptación y el reconocimiento de sí mismos para no dejar de quererse e intentar pulir todas las asperezas que, en cada etapa y con intensidad variable, nos suelen acompañar, como imperfectos que somos.

Y mientras vayan surcando sus mares que no les falte la gratitud ni la capacidad de asombro ante lo que van contemplando, de lo que se van sobreponiendo y en lo que siguen soñando. Porque todos los puertos en los que vayan atracando por voluntad (que no por fuerza) serán hospitalarios y en ellos seguro que encontrarán razones para seguir navegando, construyendo su vida, añadiendo invitados y tripulantes que hagan aún más intensa y rica la travesía.

De la mitad del océano que les queda por surcar en este curso a nuestros escolares que lo más temible sea seguirse saliendo un poco del contorno al colorear la ficha, no acabar el "Aprendo" antes de la cena, mezclar verbos de Inglés y de Francés o ir apurado con las fórmulas de Física. Y hasta eso también se vence. Para las otras dificultades de más enjundia, no dejar de acudir a quienes en el Colegio estamos para asesorar y sugerir: sus tutores y profesores, sus orientadores, su equipo directivo. Marineros expertos que conocen bien los secretos de las mareas y las corrientes en cada edad y cómo aprovecharse de ellas o esquivarlas para evitar que se abran vías de agua que comprometan la flotabilidad. Y, desde la orilla, como el faro en la noche, todos nosotros, sus adultos de referencia, sigamos señalándoles los vericuetos de la costa para que una mala decisión no dañe su casco (aunque no dejen de anunciarse por ahí los talleres de reparación) porque determinadas averías tienen difícil arreglo cuando no imposible solución.

Desde que los hombres (y mujeres) del tiempo pusieron de moda las alertas meteorológicas, siempre se vive en un “¡ay!” porque el calor o el frío, el viento, la lluvia, la nieve o la falta de ellos, pintan siempre un panorama intranquilizador que limita las posibilidades de disfrutar, enteramente, de lo que se está haciendo o viviendo. Naturalmente que todos quisiéramos un “buen tiempo” estable, en el que ninguna prenda sobre ni se la eche en falta y que lloviera por las noches (de una a cinco, a ser posible para que hubiera verde pero no hubiera charcos cuando se abren las puertas del día para muchos) pero ello es tan imposible como inconveniente. Con la vida de nuestros hijos sucede igual. Porque el mérito de tener lo da el carecer, el de la salud la enfermedad y el de la ilusión y la alegría lo dan la decepción y la pena. Remontar, siempre, la adversidad para alcanzar ese bienestar suficiente que justifique el amanecer de cada jornada debería ser el propósito común, nuestro mapa del tesoro

¡Que no nos engañen algunos anuncios que hablan de criaturas diez, porque entonces estamos hablando de robots!

Treinta y uno de Enero, San Juan Bosco. El cabo de Buena Esperanza. Está dicho todo.

**¡Buen provecho!**

<0><O><0>